

Y hasta el lirio más pálido del campo
 Para dormir en paz su broche cierra,
 Y su perfume virgen
 Con el amor de otros perfumes sueña.

Vosotros, los que al peso de la tarde
 Inclinaís tristemente la cabeza,
 Y amáis el cielo cuando en él agita
 Su ala tremante la primera estrella;
 Calzáos las sandalias
 Con que hasta el alma del dolor se llega.

Si el alma vuestra, ¡oh bardos!
 Bañada en el Jordán de la tristeza,
 Es pura como la última palabra
 Que acaso os dijo vuestra madre muerta

Llegáos en silencio
 Al tálamo sangriento de la selva....
 Es ya de noche, los rumores lloran....
 ¡No despertéis á la española enferma!

CANTO SEGUNDO

I

¡Cayó la flor al río!
 Los temblorosos círculos concéntricos
 Balancearon los verdes camalotes,
 Y en el silencio del juncal murieron.

Las aguas se han cerrado;
 Las algas despertaron de su sueño,
 Y á la flor abrazaron, que moría,
 Falta de luz, en el profundo légamo....

Las grietas del sepulcro
 Han engendrado un lirio amarillento;
 Tiene el perfume de la flor caída,
 Su misma palidez.... ¡La flor ha muerto!

Así el himno sonaba
De los lejanos ecos;
Así cantaba el *urutí* en las ceibas,
Y se quejaba en el sauzal el viento.

II

Siempre llorar la vieron los charrúas;
Siempre mirar al cielo,
Y más allá.... Miraba lo invisible
Con sus ojos azules y serenos.
El cacique á su lado está tendido.
Lo domina el misterio;
Hay luz en la mirada de la esclava,
Luz que alumbrá sus lágrimas de fuego,
Y ahuyenta al indio, al derramar en ellas
Ese dulce reflejo
De que se forma el nimbo de los mártires,
La diáfana sonrisa de los cielos.
Siempre llorar la vieron los charrúas,
Y así pasaba el tiempo.

Vedla sola en la playa. En esa lágrima
Rueda por sus mejillas un recuerdo.

Sus labios las sonrisas olvidaron.
Sólo brotan de entre ellos
Las plegarias, vestidas de elegías,
Como coros de vírgenes de un templo.

III

Un niño llora. Sus vagidos se oyen
Del bosque en el secreto,
Unidos á las voces de los pájaros
Que cantan en las ramas de los ceibos.
Le llaman TABARE. Nació una noche
Bajo el obscuro techo
En que el indio guardaba á la cautiva
A quien el niño exprime el dulce seno.
Le llaman TABARE, Nació en el bosque
De Caracé el guerrero;
Ha brotado en las grietas del sepulcro
Un lirio amarillento.

Sonrisa del dolor, hijo del alma,
 ¡Alma de mis recuerdos!
 Lo llamaba gimiendo la cautiva
 Al estrecharlo en el materno pecho,
 Y al entonar los cánticos cristianos
 Para arrullar su sueño:
 Los cantos de Belén que al fin escucha
 La soledad callada del desierto.
 Los escuchan las dulces alboradas,
 Los balbucían los ecos,
 Y, en las tardes que salen de los bosques,
 Anda con ellos sollozando el viento.
 Son los cantos cristianos, impregnados
 De inocencia y misterio,
 Que acaso aquella tierra escuchó un día,
 Como se siente el beso de un ensueño.

IV

El indio niño en las pupilas tiene
 El azulado cerco

Que entre sus hojas pálidas ostenta
 La flor del cardo en pos de un aguacero.

Los charrúas, que acuden á mirarlo,
 Clavan sus ojos negros
 En los ojos azules de aquel niño
 Que se reclina en el materno seno,

Y lo oyen y lo miran asombrados
 Como á un pájaro nuevo
 Que, unido á las calandrias y zorzales,
 Ensaya entre las ramas sus gorjeos.

Mira el niño á la madre. Esta llorando
 Lo mira y mira al cielo,
 Y envía en su mirada á lo infinito
 Un amor que en el mundo es extranjero;

Mas ya ama al bosque, porque da su sombra
 Al indiecito tierno;
 Ya es para ella más azul el aire.
 Más diáfano el ambiente y más sereno.

La tarde, al descender sobre su alma,
 Desciende como el beso
 De la hermana mayor sobre la frente
 Del hermanito huérfano;

Y tiene ya más alas su plegaria,
 Su llanto más consuelo,
 Y más risa la luz de las estrellas,
 Y el rumor de los sauces más misterio.

.....

▼

¿Adónde va la madre silenciosa?
 Camina á paso lento
 Con el niño en los brazos. Llega al río.
 ¡Es la hermosa mujer del Evangelio!

¡E invoca á Dios en su misterio augusto!
 Se conmueve el desierto,
 Y el indio niño siente en su cabeza
 De su bautismo el fecundante riego.

La madre le ha entregado sollozando
 El gran legado eterno.
 El Uruguay, al ofrecer sus aguas,
 Entona en el juncal un himno nuevo.

Se eleva, en transparentes espirales,
 El primitivo incienso;
 Una invisible aparición derrama
 De su nimbo la luz entre los ceibos.

Se adivinan cantares
 A medio pronunciar que flotan trémulos,
 Y de seres que absortos los escuchan
 Se cree sentir el contenido aliento.

Hay sonrisas posadas
 Entre los puros labios entreabiertos
 De un invisible coro que, en el aire,
 Bate á compás sus alas en silencio.

Hay contacto del cielo con la tierra....
 ¡Es que hay allí misterio!
 Vacila el hombre ante su influjo y mudo
 Cierra los ojos, para ver más lejos.

.....

.....

VI

Madre: ¡no llores más! Siempre en tus ojos
 Gotas de llanto veo
 Que humedecen tu voz y tus miradas,
 Tus cantos y tus besos;

Con ese llanto siempre
 Al despertar te encuentro.
 ¿Quién lleva, pobre madre, tantas lágrimas
 Hasta el mismo silencio de tus sueños?

¡No llores más! Porque no llores nunca
 Yo rezo, siempre rezo
 La oración que despierta en mis auroras
 Y se duerme conmigo cuando duermo.

¿Por qué lloras? Las tribus no te ofenden;
 ¿Oyes? Están muy lejos.
 Beben sangre de palmas y algarrobos,
 Y después dormirán, no tengas miedo.

En la cruz que recibe las plegarias,
 En esa que has clavado entre los ceibos,
 A hacer su nido bajarán los ángeles
 Y á recoger mis ruegos.

No llores; que la virgen invisible
 Que me enseñas á amar, vendrá por ellos,
 Y á tí también te besará en la frente,
 Y á nuestro lado velará tu sueño.

La madre sollozaba;
 Estrechaba á su hijo sobre el seno,
 Y sus miradas húmedas
 Escalaban los mundos ascendiendo.

Huían de la tierra, hasta posarse
 En el regazo eterno;
 Pero del cielo ansiosas descendían
 El indio niño á acariciar de nuevo

VII

Cayó la flor al río,
 Y en el obscuro légamo

Derramó su perfume entre las algas.
Se ha marchitado, ha muerto.

Las algas la estrecharon
En sus brazos de hielo....
Ha brotado en las grietas del sepulcro
Un lirio amarillento.

.....

VIII

Duerme, hijo mío; mira, entre las ramas
Está dormido el viento;
El tigre en el flotante camalote,
Y en el nido los pájaros pequeños.

Ya no se ven los montes de las islas:
También están durmiendo.
Han salido las nutrias de sus cuevas;
Se oye apenas la voz del teru-tero.

.....

Las tribus embriagadas
Aullaban á lo lejos;

El aire, con los roncós alaridos,
Elaboraba quejas y lamentos.

Tras la salvaje orgía,
Vendrá el cacique ébrio;
Vendrá á buscar á su cautiva blanca
Que á su hijo esconderá tras de los ceibos.

IX

Cayó la flor al río.
Se ha marchitado, ha muerto.
Ha brotado en las grietas del sepulcro
Un lirio amarillento.

La madre ya ha sentido
Mucho frío en los huesos;
La madre tiene, en torno de los ojos,
Amoratoado cerco;

Y en el alma la angustia,
Y el temblor en los miembros,
Y en los brazos el niño que sonríe,
Y en los labios un cántico y un ruego.

Duerme, hijo mío. Mira; entre las ramas
 Está dormido el viento;
 El tigre en el flotante camalote
 Y en el nido los pájaros pequeños.

Los párpados del niño se cerraban.
 Las sonrisas entre ellos
 Asomaban apenas, como asoman
 Las últimas estrellas á lo lejos.

Los párpados caían de la madre
 Que, con esfuerzo lento,
 Pugnaba en vano porque no llegaran
 De su pupila al agrandado hueco.

Pugnaba por mirar al indio niño
 Una vez más al menos;
 Pero el niño para ella, poco á poco,
 En un nimbo sutil se iba perdiendo.

Parecía alejarse, desprenderse,
 Resbalar de sus brazos, y por verlo,
 Las pupilas inertes de la madre
 Se dilataban en supremo esfuerzo.

X

Duerme, hijo mio. Mira, entre las ramas
 Está dormido el viento;
 El tigre en el flotante camalote,
 Y en el nido los pájaros pequeños;
 Hasta en el valle
 Duermen los ecos.

Duerme. Si al despertar no me encontraras,
 Yo te hablaré á lo lejos;
 Una aurora sin sol vendrá á dejarte
 Entre los labios mi invisible beso;
 Duerme; me llaman,
 Concilia el sueño.

Yo formaré crepúsculos azules
 Para flotar en ellos;
 Para infundir en tu alma solitaria
 La tristeza más dulce de los cielos.
 Así tu llanto
 No será acerbo.

Yo empaparé de dulces melodías
 Los sauces y los ceibos,
 Y enseñaré á los pájaros dormidos
 A repetir mis cánticos maternos....
 El niño duerme,
 Duerme sonriendo.

.....

La madre lo estrechó; dejó en su frente
 Una lágrima inmensa, en ella un beso,
 Y se acostó á morir. Lloró la selva
 Y, al entreabrirse, sonreía el cielo.

XI

¿Sentís la risa? Caracé el cacique
 Ha vuelto ébrio, muy ébrio.
 Su esclava estaba pálida, muy pálida....
 Hijo y madre ya duermen *los dos sueños*.

LIBRO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ATILIO REYES"
 1960. LSLN MONTERREY, MEXICO

3080